

Hacer bien el presente¹

« Palabras clave: Bien, felicidad, presente, sabiduría, tiempo. »

Emilio Acosta Díaz²

[Resumen]

Estar presente es también estarlo frente a la trivialidad de la vida porque no la podemos imaginar, estamos allí, podemos decir que permanecemos por instantes; no así el pasado y el futuro porque a esos sí los podemos recordar e imaginar. El presente sintetiza, de alguna manera, suprime el ideal y lo trae para ser visto aquí y ahora, para ser vivido y disfrutado como un bien máximo que merece vivirse y hacerse experiencia vital, transparentada por la luz de la razón encargada de abrir amplios caminos en un horizonte de aciertos y desaciertos que se hace experiencia en cada instante del hoy.

¹ // El presente artículo está en relación directa con la Línea de Investigación Filosofía y Desarrollo Humano, del Grupo de Investigación Lumen.

² // Sacerdote Diocesano. Psicólogo y Abogado Canónico. Estudiante de Doctorado en Filosofía en la Universidad Pontificia Bolivariana – Medellín, becario de la Universidad Cesmag. Director del Grupo de Investigación Lumen. seacosta@unicesmag.edu.co

Una de las mayores distracciones que experimenta el hombre en el mundo actual, en su ejercicio de vivir, es precisamente la incertidumbre y el miedo de no saber de donde viene ni para donde va; angustia existencial que está sobre sus hombros como una carga pesada heredada del pasado y de la que muchas veces desea escapar inventando distractores que le permiten olvidar momentáneamente su difícil y compleja realidad que hunde definitivamente sus raíces en los laberintos de la historia desde donde emerge el origen.

Ante tal desafío de guardar en la memoria su pasado y soñar el futuro, solo queda entre sus manos el presente, amenazado muchas veces por el pasado que se opone, se inquieta y se rebela por cuanto considera que aquel, de alguna manera, torpedea la libertad condicionando al hombre a vivir de una forma determinada por las tradiciones y las pretensiones petrificadas en las instituciones que muchas veces le generan desconfianza y alergia por la rigidez e inamovilidad de los paradigmas establecidos y la forma de comportarse en la dinámica del desarrollo social y cultural.

No es suficiente pensar en el pasado y sus consecuencias, también hay que hacerlo con el futuro por cuanto engulle y destroza en su esencia la serenidad del hombre sin compasión y sin misericordia, lanzándolo en medio de un consumismo rampante y desmedido, provocador de crisis y desequilibrios permanentes que marginan e incluso desvirtúan el valor y el sentido del presente, provocando un destierro de la realidad de la vida y una visión de futuro incierta, traumática y desesperanzadora, al punto de generar miedos y temores que se expresan en lenguajes de pasividad y sin sentido.

En este estado de cosas, hace falta un llamado de atención, una vuelta de la mirada al presente y a la realidad que lo circunda como escenario de acción vital; este llamado de atención debe convertirse en una invitación

a centrar la mirada en el sentido del ser y de todo cuanto se realiza, vive, siente y experimenta como un indicativo de satisfacción y de disfrute de la felicidad, de comprensión, incluso del dolor y del sufrimiento, como realidad presente en la experiencia de la vida; lo que indica que es necesario vivir con intensidad y transparencia cada instante que concede la vida.

Si una de las formas de demostrar la inteligencia humana consiste precisamente en la capacidad de adaptación, lo será también en la medida en que esa fortaleza tenga la posibilidad de apreciar y valorar el instante presente de la vida en el sentido de ajustarse a la realidad tal y como se presenta en su esencia y manifestación más pura.

Quizá Pierre Hadot, al decir que el hombre demanda sabiduría, esté indicando a la vez que esa forma de inteligencia consista en la búsqueda de la paz interior: "Si se busca la sabiduría, es simplemente porque trae la paz del alma, es decir, en definitiva, un estado de placer" (Hadot, 2010, p. 30). Y esto no es solo momentáneo, sino que traspasa las barreras del tiempo a partir de una experiencia presente que permite el gozo y el disfrute de la vida.

Todo esto reclama una forma particular de percibir el tiempo, quizá sea un apoyo la forma de entender el tiempo de los epicúreos en perspectiva de Hadot (2010):

[...] los insensatos, es decir la mayoría de hombres, son corroídos por deseos insaciables que abarcan las riquezas, la gloria, el poder, los placeres desordenados de la carne. Lo que caracteriza a todos estos deseos es que no pueden ser satisfechos en el presente (p. 31).

Esta visión del tiempo pone interés en la efectividad de cada instante de la vida, razón por la que es necesario aprender a disfrutar de la vida presente, lo que quiere decir, vivir sin lamentarse del pasado en cuanto ya cumplió su misión, que por supuesto pudo ser buena o mala o que de otra parte, simplemente dejó huellas profundas que de paso pueden perturbar o estimular la vida actual; sin embargo, esto no debe llevar a descartar el futuro que está llamado a cultivar las utopías que pueden provocar esperanzas y temores.

(Horacio, Odas y Epodos, L1, 11). Es aquí y ahora el momento oportuno para vivir la vida y comprender que cada instante de ella tiene sentido, que en la medida en que se haga expresión y experiencia de amor y de bondad es capaz de trascender el espacio y el tiempo y de recobrar la fuerza y la vitalidad de los seres y de las cosas que siempre están allí presentes siendo parte del fluir inconmensurable de la vida.

Indudablemente, el placer de vivir en cada instante, recuerda Hadot (2010), se encuentra: “[...] por completo en el instante presente, y no tenemos necesidad de alcanzar nada del futuro para aumentarlo” (p. 32). De lo que se trata es de vivirlo bajo criterios y dimensiones humanas, iluminados por la luz de la razón, lo que permite ejercer acciones sabias y sensatas como producto de un adecuado uso de la libertad.

El espíritu feliz sabe vivir con sabiduría y sensatez cada momento de la vida, no se angustia, ni se desespera por el futuro, pues este siempre acontecerá y mientras lo haga se puede alcanzar lingotes de felicidad, si razonablemente se aprende a despertar y a orientar las expectativas y los propios deseos hacia fines provechosos tanto a nivel individual como a nivel social; definitivamente, se requiere aprender a capturar la felicidad en el presente, tener el espíritu de apertura y de simplicidad para maravillarse de los acontecimientos de la vida, sentir la satisfacción por lo que se hace y se comparte con los demás, vivir con verdadero sentido todas y cada una de las acciones de la vida como fruto fresco de la voluntad y de la libertad.

Esto indica que no hay necesidad de postergar la alegría para mañana o la paz para el futuro, es oportuno aprender a vivirla ahora; Horacio tiene razón cuando afirma: “En tanto que hablamos, el tiempo envidioso habrá escapado: échale mano al día, sin fiarte para nada del mañana”

- Referencias -

Hadot, P. (2010). *No te olvides de vivir. Goethe y la tradición de los ejercicios espirituales.* [Ediciones Siruela, Ed., y M. Cucurella Miquel, Trad.] Madrid, España: Ediciones Siruela.

Horacio. (2007). *Odas, Canto secular, Epodos.* [J. L. Moralejo, Trad.] Madrid, España: Editorial Gredos, S. A.